

# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 13 DE AGOSTO DE 1888→

NÚM. 346

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Á PASO DE CARGA cuadro de K. Herzl



Small, illegible text located below the library stamp.

## SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Exposición Universal de Barcelona*, por don J. Yxart. — *En el palacio de la Industria* (continuación), por don M. A. — *El cesarismo en su nacimiento*, por don Emilio Castelar. — *Recreaciones científicas.*

GRABADOS. — *A paso de carga*, cuadro de K. Herzl. — *Eduardo de Banerssfeld*, busto-relieve de Brandstetter. — *Un sacrificio á Moloch*, dibujo de G. Motte. — *Horas de angustia*, cuadro de C. Raupp. — *Los gitanillos*, cuadro de L. Knaus. — *El regreso del soldado*, relieve de un monumento triunfal de Brunswick. — *Juglares marroquíes dando de comer á una serpiente*, cuadro de Eisenhut Ferenez. — *La bruja de la aldea*, cuadro de Luis Knaus.

## NUESTROS GRABADOS

## Á PASO DE CARGA, cuadro de K. Herzl

Dice el cabo Peralta en una popular zarzuela española:

«¡Qué vida tan perra  
La del militar!...»

Y en verdad que el malogrado Olona estaba en lo cierto, salvos los brevísimos paréntesis del género pintado por Herzl.

Para el humilde soldado, ser pasivo, autómatas obediente, no se ha hecho placer alguno que suponga empleo de tiempo: por esto confunde al enemigo y á la mujer en su conducta; á uno y otra vence á paso de carga.

No hay que culparle por ello: el descanso no se ha hecho para el soldado. La diana, la limpieza, la revista, el rancho, la guardia, el ejercicio, la academia ocupan por completo sus días y sus horas, que se suceden con una monotonía abrumadora. Ni siquiera le es dado olvidarse de la ordenanza al lado de la mujer de sus pensamientos: á lo mejor del amoroso coloquio suena el clarín de marcha que le llama á las filas, so pena de cometer delito de deserción. En tal caso ¿es de extrañar que, apremiado por la disciplina, se permita estampar un ósculo de despedida en las mejillas ruborizadas de alguna Dulcinea de cocina?

Tal es la situación reproducida por Herzl con singular acierto. No diremos que la conducta del soldado sea la más correcta; pero si á la milicia no le fuera tolerado algún desahogo ¿cómo se encontraría quien afrontase la muerte por el simple amor platónico de la patria que ni siquiera escribe el nombre del soldado en la tosca cruz que protege su sepultura?...

EDUARDO DE BANERSSEFELD  
Busto-relieve de Brandstetter

Banerssfeld es apellidado el Aristófanes de Viena. Sus comedias son fotografías de la sociedad en que ha vivido; sus tipos están perfectamente tomados del natural; cuando en sus obras se refiere á tiempos pasados pueden considerarse estudios ó fragmentos de la historia de la sociedad alemana. Es el decano de los autores dramáticos, tiene 85 años de edad; pero los laureles ganados con su trabajo han sido de tan buena ley, que se conservan verdes y lozanos como el primer día en que un público entusiasmado los ciñó á su frente.

## UN SACRIFICIO Á MOLOCH, dibujo de G. Motte

Moloch ó Baal, que parecen ser una misma divinidad cartaginesa, eran en aquel mito algo semejante al Saturno del paganismo. Ambas deidades eran á cual más horrible y sus enojos supuestos únicamente se aplacaban con sacrificios humanos. En este punto bien puede asegurarse que Cartago precedió y superó á Roma. Tan arraigada estaba en aquel pueblo esa horrenda costumbre que cuando Gelón, después de haber vencido y destruido á trescientos mil cartagineses, les impuso, mejor que les aceptó, la paz solicitada, estipuló con ellos que habían de renunciar á la bárbara hecatombe de sus hijos. Si este pacto se llegó á cumplir no debió ser por mucho tiempo, pues según refiere Diodoro de Sicilia, dos siglos después de la muerte de Gelón, ó sea el año 311 antes de J. C., los cartagineses, sitiados por Agatocles, viéndose en inminente peligro de rendirse, supusieron que Baal ó Moloch debía estar irritado contra ellos, porque en lugar de sacrificarle hijos de familias principales, los habían sustituido con hijos de esclavos ó de extranjeros; por lo cual y á fin de desagrar á la terrible deidad, inmolaron doscientos hijos de lo más escogido de la población, y además trescientos ciudadanos que voluntariamente se ofrecieron en holocausto, acusándose á sí propios de sacrilegio.

Motte, el autor del dibujo que publicamos, explica á su manera la forma del sacrificio, consistente en una hermosa joven encerrada ó sujeta cuando menos en la parte equivalente al estómago de la deidad que, por ser de metal y estar éste caldeado, importa la muerte á fuego lento. Tal era, en efecto, la horrible suerte de las víctimas, debiendo añadir que la estatua de la implacable deidad estaba de tal suerte fabricada, que las contorsiones de los sacrificados se trasladaban en la cabeza de aquélla, especialmente en su boca. La contracción de ésta producía algo parecido á una sonrisa infernal, y de esta circunstancia y de ser en la isla de Sardes (Cerdeña) donde más arraigado estuvo el culto de Moloch, viene la tan conocida frase *risa sardónica*.

El dibujante Motte no ha estado completamente exacto en la reproducción del ídolo cartaginés. En el museo de Cagliari (Cerdeña) se encuentran dos ejemplares auténticos de la deidad que comprueban la exactitud de las antiguas descripciones. Según éstas, Moloch estaba representado en forma humana, pero con cabeza de toro, símbolo de la fuerza: el material era de bronce, hueco en el interior; tenía los brazos caídos é inclinados hacia el suelo, dispuestos de tal suerte, que las víctimas destinadas al sacrificio, rodaban por su propio peso hasta el vientre de la gigantesca estatua, donde perecían abrasadas.

¡A esto se llamó, ha dos mil años, religión y culto!... Verdad es que esa religión y ese culto eran los de los cartagineses.

## HORAS DE ANGUSTIA, cuadro de C. Raupp

El autor de este lienzo ha hecho profundos estudios de tipos y escenas de la gente del pueblo. Gracias á ello ha producido composiciones que abarcan todos los tonos, desde el idilio hasta la más pavorosa tragedia. A esta clase pertenece el cuadro que publicamos, ejecutado con un sentimiento y una verdad que aterran. Muchos artistas, lo hemos dicho varias veces, han escogido por tema el mar embravecido, y no es Raupp ciertamente el primero en dar á conocer las angustias de la joven esposa del marinero. Pero ¿ha salido comúnmente de los pinceles de un artista una tempestad tan real y bien descrita como la del cuadro que reproducimos? ¿Se ha pintado á menudo á la reducida familia del pescador con colores más exactos que los empleados por Raupp en ese grupo de una madre y un hijo cuyo terror se expresa de tan distinta manera? ¿Cabe dar á comprender

con mayor precisión que el marinero amenazado de muerte por la tempestad se halla á la vista de los que tiemblan por su suerte?

Pues he aquí la manifestación del genio; apoderarse de un asunto manoseado y obtener, con la manera de tratarlo, un verdadero triunfo.

## LOS GITANILLOS, cuadro de L. Knaus

El artista alemán confirma en su cuadro que los gitanos en todas partes son los mismos. Sucios, desarrapados y vistiendo los trajes más rudimentarios, cuando los visten, en especial sus hijos, son los mismos nómadas independientes en los calurosos climas de nuestra Andalucía que en las frías regiones de los Cárpatos. Un poco de lona ó unas cuantas esteras para formar su tienda, algunos utensilios de cocina y uno ó dos jumentos para transportarlos, constituyen su hogar y su hacienda, más miserables aun que los del árabe beduino.

Prolíficos con exceso, sus hijos se acostumbran desde la más tierna edad á una independencia salvaje, y sus juegos suelen ser reflejo exacto de la profesión generalmente adoptada por los padres, la cría y educación del ganado caballar.

Del cuadro de Knaus sólo podemos decir que más que copia, es una reproducción fiel de alguna escena presenciada por él en las dilatadas llanuras de Hungría, y que si en España no conociéramos gitanillos, los tipos de su lienzo nos permitirían formar cabal idea de lo que es esta raza.

## EL REGRESO DEL SOLDADO

## Relieve de un monumento triunfal de Brunswick

En conmemoración de la guerra de 1870-1871 se ha construido en Brunswick un monumento que contiene detalles preciosos. Confíese la parte escultórica al famoso profesor Adolfo Breyman; mas por muerte de éste, ocurrida en 1878, se encargó á Roberto Díez, que en la Exposición de Munich en 1879 alcanzó la gran medalla de oro. Este insigne artista creyó, á nuestro ver con razón, que no debía prescindir en la apoteosis de los vencedores, del oscuro soldado que se bate y triunfa sin más estímulo que su patriotismo y negra honrilla. Otra cosa, además, creyó Díez muy oportunamente, y es que el premio al olvidado vencedor sería tanto más ejemplar, en cuanto apartando la escena del campo de batalla, la plantease en el momento en que, cargado de laureles, vuelve al seno de la familia. De esta satisfacción siquiera no puede privarse al último soldado; es el único estímulo de esos infelices á quienes se califica, harto ciertamente, de carne de cañón.

La satisfacción del joven soldado, la pura alegría de su madre que le estrecha contra su corazón tras tantos días de horrible angustia, y el contento no ajeno á cierto orgullo, con que el padre le contempla embobado, están hábilmente tratados por Díez en este hermoso relieve.

JUGLARES MARROQUÍES DANDO DE COMER  
Á UNA SERPIENTE  
cuadro de Eisenhut Ferenez

Los africanos, y con ellos los pueblos orientales, poseen cierta aptitud singular para domesticar serpientes. A falta de explicación más razonable, atribuyen á encantamiento el dominio que ciertos hombres ejercen sobre esos reptiles. El temor que estos infunden y la necesidad de conjurarlos dan por resultado que los encantadores de serpientes constituyan como una institución oriental. A pesar de ello, los juglares, de humilde ralea y casi universalmente despreciados, son quienes principalmente se dedican á exhibir serpientes que dicen domesticadas y con las cuales ejecutan notables juegos de aparente nigromancia.

En el cuadro de Eisenhut la serpiente que se dispone á devorar un conejo no pasa de ser un detalle para la exhibición de tres marroquíes de edad, tipo y trajes completamente distintos uno de otro, pero todos perfectamente tomados del natural. Si hubiesen sido copiados por medio de la fotografía, pudierase sospechar que la serpiente no pasa de ser una manera ingeniosa de sustituir en la tela el aparato de la cámara oscura.

## LA BRUJA DE LA ALDEA, cuadro de Luis Knaus

Es una composición de género digna de servir de modelo. Se trata de una pobre mujer vieja, fea, miserable, rechazada de la sociedad, y por tan tristes motivos insultada con el denigrante y absurdo calificativo de bruja. La ignorancia es madre de muchas injusticias.

La simple aparición de esa desgraciada produce distintos efectos en la gente menuda, efectos á que el artista da forma perfecta. El más osado de los rapaces se dispone á arrojarle un guijarro, y mientras otros de ellos huyen ó lloran de miedo, algunos, más desvergonzados, la escarnecen desde lejos y provocan á mansalva su furor impotente. ¿Qué ha de suceder en tal caso? Que esa mujer exasperada corresponda con amenazas y maldiciones á la animadversión de que es objeto. ¡Infeliz!... Nadie sale á su defensa; nadie socorre su necesidad; nadie le prodiga un simple consuelo... Su carácter se agría más y más gracias á la crueldad ajena... Ergo es una bruja. Lógica de aldea perfectamente satirizada por Knaus.



EDUARDO DE BANERSSEFELD, busto-relieve de Brandstetter

## EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

## SALÓN DE BELLAS ARTES

## V

Como aquellos orgullosos mayorazgos que aun en su decadencia pueden excitar la admiración y la envidia de los advenedizos con desempolvar los restos del esplendor pasado, España ocupará siempre preeminente lugar en

toda Exposición retrospectiva de artes suntuarias: como que, en realidad y extremando las cosas, no es sino un inmenso museo. Nada tiene de extraño, pues, que al entrar en la instalación de la Casa Real ó en la sección arqueológica, sólo haya lugar para la admiración ante tales tesoros, ó para la sorpresa ante lo peregrino de algunos ejemplares, que compraría el extranjero anticuario á buen precio.

Y tan cierto es que aquellas riquezas son tan sólo restos de casa grande, que sus mismos poseedores actuales representan en nuestra sociedad mesocrática el papel de primogénitos á quienes únicamente les es permitido lucirse cuando se recurre á lo pasado. ¿Quién expone sino objetos artísticos de gran valor histórico? La Casa Real, los obispos, algunos herederos de títulos; esto es, los actuales representantes de seculares poderes que conservan las reliquias de la casa solariega española. Compiten, es verdad, con los últimos en el museo arqueológico, artistas ó aficionados, pero aun en su mayoría, este cariño artístico á los trastos viejos, coexiste naturalmente con el apego al genio histórico del país, en otros sentidos que no tienen que ver directamente con el arte. Tenemos, en una palabra, enfrente de la obra viva de las clases más poderosas en la actualidad, los vestigios de lo pasado expuestos por las clases más poderosas en aquellos tiempos; expositor y objeto van juntos y no se comprenden el uno sin el otro: el que expone lo que *fué*, fué antaño; el que expone lo que *es*, es hoy. Ni es probable que un marqués encopetado acuda á una exposición con tejidos modernos, ni dejaría de causar extrañeza que un inventor de máquinas fuese al propio tiempo anticuario. De modo que en la instalación de la Casa Real y en la sección arqueológica no tenemos sólo un museo de arte, sino una manifestación del cargo que á ciertas clases les corresponde en las modernas sociedades y alguna que otra prueba satisfactoria de que lo realizan, y lo realizan con inteligencia; ya que no producen, conservan; ya que veneran lo pasado, su admiración es ilustrada y provechosa; la piedad por las reliquias, beneficiosa para todos. Más honroso es conservar muebles domésticos, que proteger las corridas de toros.

No se puede entrar en la instalación de la Real Casa sin que acudan á la imaginación toda suerte de recuerdos. Sólo el primer golpe de vista nos transporta á una época de magnificencia extraordinaria, en que, acumulados el poder y la fortuna en escaso número de individuos, faltando á las naciones lo necesario, le era dado á lo superfluo adquirir un desarrollo fenomenal, una solidez que desafía al tiempo y un primor y un refinamiento artísticos verdaderamente maravillosos. Todos los objetos allí exhibidos, sin excluir uno sólo, denuncian una de estas condiciones ó todas á la vez. O tienen un valor intrínseco incomparable, sólo al alcance de unos cuantos, ó aquel esmero exquisito de una producción escasa y para pocos, capricho, regalo, ejemplar único de nabab. Así se comprende también que su labor sea eterna. Lo precioso de los materiales y la suavidad refinada de los colores dan á toda la sala, vista de golpe, un aspecto de extraordinaria suntuosidad. En las paredes, los tapices y bordados de seda y oro con su entonación grata y armónica y con su primorosa ornamentación; en los rincones, los trípticos de marco de oro mate ó las armaduras damasquinadas y nie-ladas; en las vitrinas, las delicadísimas chucherías de porcelana, las figurillas de marfil de una perfección nimia ó los códices iluminados en vitela; junto á ellos los muebles de taracea, los bronce embutidos; ¡todo reluciente, todo costoso, todo refinado y depurado! ¡supremo esfuerzo de una aplicación constante y singular, de una labor que requiere largos años de protección y estímulo, de una cultura concentrada en reducido círculo!

Un estudio sustancioso y verdaderamente útil de los objetos expuestos, requiere conocimientos especiales y gran caudal de noticias que no poseemos, y que no queremos sustituir ficticiamente con breves datos entresacados al azar ó con observaciones comunes. A nosotros se nos alcanzan únicamente los múltiples aspectos, ó mejor dicho, las varias causas de la adoración que á la vista de aquellos objetos siente el anticuario. Mientras los más de los espectadores se asombran ante la riqueza de los materiales, como sintiendo la codicia femenil del que mira un mostrador de joyería, y otros, de mejor gusto, admiran la belleza de ornamentación ó de las líneas: comprendemos que mucho queda que ver y apreciar todavía por encima de estas condiciones exteriores. Así, ignoramos por completo, aunque presumimos el gran interés que tendrá para los inteligentes, la diversa fabricación de tales artefactos; el raro tejido de los tapices, el modo de forjar aquellos metales, el arte de embutir con tal primor en ellos tan delicados dibujos, de labrar tan frágiles pastas, de preparar colores tan vivos y hermosos. Ignoramos la historia de tales procedimientos; de ella son interesantes páginas, y á veces únicas, cada uno de los ejemplares, lo cual los encarece hasta el punto de cifrar en ellos el orgullo nacional. Ignoramos las diversas cuestiones eruditas sobre su origen y procedencia, en que se entretienen con gran placer, y hasta con grandes sinsabores, personas muy respetables. Ignoramos el inmenso cúmulo de esfuerzos del ingenio que cada objeto significa y los elementos de cultura que fueron precisos para llegar á realizar tales maravillas. Sólo nos es posible, en una palabra, complacernos en admirar las mil combinaciones de la fantasía en las líneas y en las formas, y sentir evocadas las figuras históricas de otras épocas que parece se acercan más á nosotros y salen del libro para adquirir vida corpórea cuando tocamos su armadura ó vemos los tapices de su dosel. Así, al instalación de la Real Casa nos habla particularmente de

dos épocas: del siglo XVI y del siglo XVIII, de Carlos V y de Carlos III; el tiempo en que los reyes, preludivo al Estado moderno, al proteger las artes para su uso particular, fijaban su punto de partida hasta llegar á su uso común, y el tiempo en que, atendiendo ya al bien público, fundaban fábricas para fomento de los intereses industriales de la nación.

En doce grupos divide el catálogo los 225 objetos expuestos: tapices, bordados, armas y armaduras, bronce, pinturas, orfebrería, mobiliario, libros, porcelanas, marfiles, esculturas y abanicos.

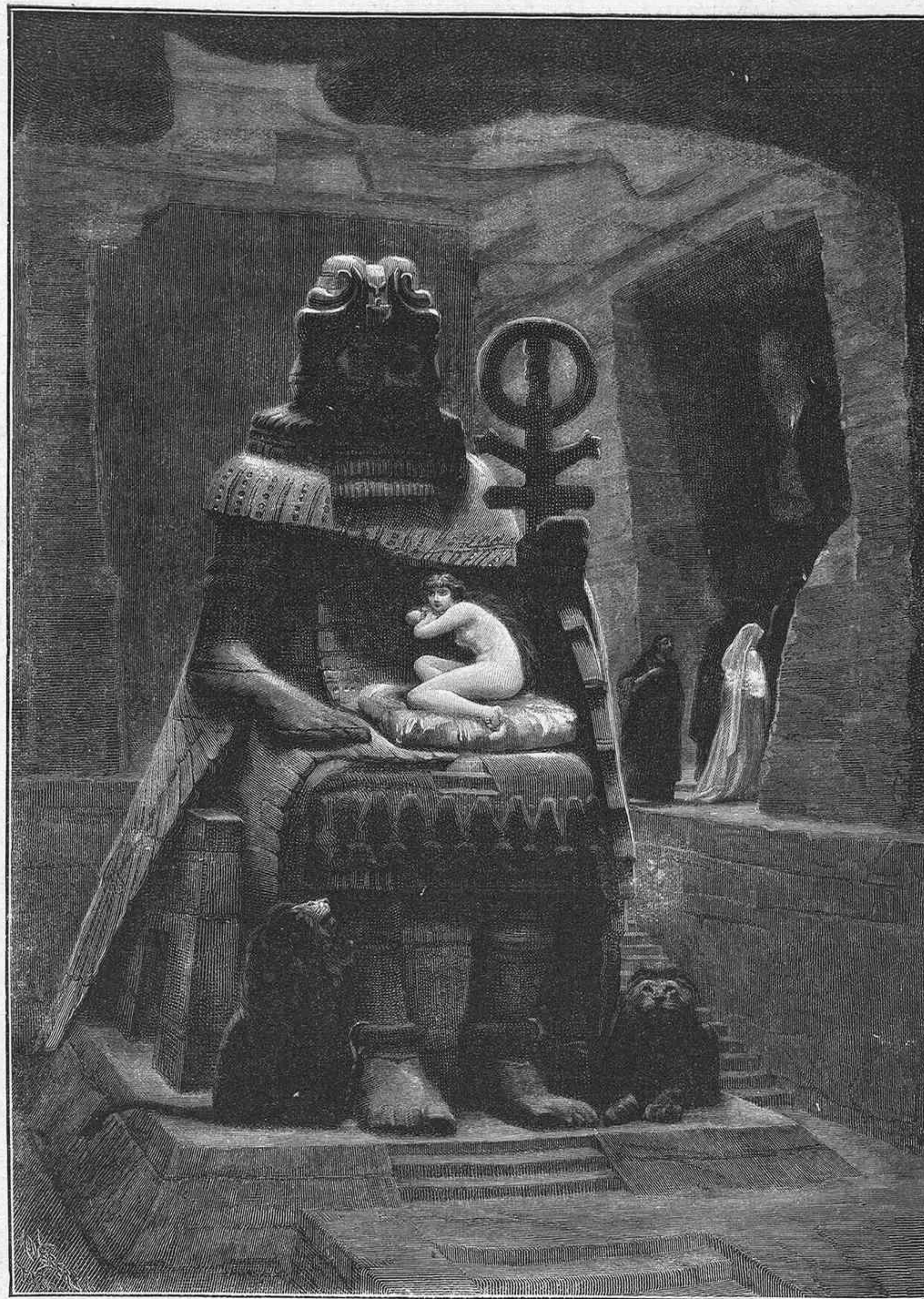
Los tapices, en número de 18, son todos flamencos y de los siglos XV y XVI, exceptuando la colcha y rollo de la cama de Carlos III, salido de la fábrica de Madrid. Tejidos con oro, seda y lana y todos notables, como elegidos para una exposición, representan escenas de la historia sagrada, en su mayoría, ó alguna alegoría de la Roma clásica, tal como la concibió é interpretó el Renacimiento; uno sólo hay relativo á la historia militar de Carlos V: la revista que pasó á su ejército, en los alrededores de Barcelona al embarcarse para la conquista de Túnez. Uno hay del tapicero Guerla ó Gueldres; tres de Pedro Pannemacker, y otro de Guillermo Pannemacker.

Los más dignos de llamar la atención son los que con el número 6 y 7 representan el nacimiento del Bautista, y su ida al desierto, por la singular verdad y expresión de las figuras, y su naturalidad y vida. No contrarían estas la rigidez hierática que aparece á primera vista; examinadas despacio, acaso se desvían muy poco aquellas actitudes de la natural, y quizás las superan en animación y belleza. Después de los dos citados, el espectador se fija con predilección en el tapiz de la misa de San Gregorio, por su riqueza de color, en el dosel de Carlos V, compuesto de tres, y en el ya citado de la revista de tropas por el mismo emperador por los pormenores aprovechables de indumentaria, y los retratos que contiene.

Los bordados, son cuatro paños de iglesia, procedentes del Escorial, de riquísima labor, con cuadros de figuras en relieve, cartelas del renacimiento y orlas de follaje, racimos, etc., todo de tela de oro frisada, fondo de plata y dibujo de oro, con bordados al matizado en sedas.

De las armas y armaduras, la colección es numerosa é interesante; la más interesante sin duda para el aficionado, después de los tapices. 119 ejemplares contiene entre armaduras completas, cascos, rodélas, testeras y piezas de trofeo, espadas, armas de asta, sillas, y como apéndice, herrajes de puertas. Puestos los arneses y armaduras de combatir, de parada, de torneo sobre maniqués que ocupan los ángulos del salón, cabe examinarlos muy cómodamente. La propiedad y procedencia de los mismos les presta el interés histórico que mueve al más profano. Pertenecen los más al emperador Carlos V, y á los Felipes, y son, en su mayoría, de famosos artífices alemanes ó italianos: todas las formas, aun las más inusitadas, que recuerdan las caricaturas de guerreros de la Edad media en boga aquí años atrás; la más exquisita fantasía en los adornos y labores; gran perfección en el grabado. Entre las armas, figura un estoque del siglo XIII atribuido al rey Fernando el Santo, y una espada española de conchas caladas. Es notable la cimera de pergamino dorado del yelmo de D. Martín de Aragón.

Los bronce y objetos de orfebrería son en número de veintiseis: candelabros, relojes, figuras y reliquias doradas, grabados y damasquinados de oro y plata, de los siglos XVI y XVIII. Martincourt y Thomire tienen allí algunas piezas. Un par de candelabros hay, dorados á mate y sostenidos por figuras de una ninfa y un sátiro sobre zócalos de mármol, que los cataloguistas se inclinan á atribuir á Felipe Caffieri. Entre los objetos de orfebrería se distingue sobre todos, la caja de plata sobredorada de fines del siglo XVI, obra de milaneses. «Su esqueleto está ricamente exornado en los ángulos — dice el catálogo — de



UN SACRIFICIO Á MOLOCH, dibujo de G. Motte

»cariátides y sátiros cincelados en plata, con camafeos, »mascarones de lapislázuli y piedras preciosas montadas »en adornos de oro esmaltado. Todo ello guarnece nue- »ve magníficas placas ovaladas de cristal de roca... las »cuatro mayores representan el triunfo de los elementos »y la de la tapa á Apolo conduciendo su carro.»

Entre las pinturas, hay algunos trípticos notabilísimos. Las figuras y asuntos de los de Jerónimo Bosch, ó el Bosco (siglo XVI) son verdaderamente indescriptibles con la pluma: tal es la originalidad y la fantasía de aquel autor, y el singularísimo y grotesco modo de representar la creación, las locuras mundanales y el infierno. Hombres, animales y plantas de extravagantes líneas y enlazados en los más inesperados grupos, sorprenden al observador, quien sólo con largo espacio va descubriendo multitud de picarescos detalles, á cual más original y raro. El color, vivo y simpático, ofrece también combinaciones muy bellas y vistosas. Tras éstos, citaremos los trípticos números 156 y 157 (siglo XV) y la *Sibila Persica é Isaias*, pinturas italianas del siglo XVI, verdaderamente notables. En una de las vitrinas figuran además preciosas tablillas, retratos en su mayor parte.

Pertenecen los muebles á fines del siglo pasado y principios del actual, y algunos á los talleres de la Real Casa. Con esto queda dicho el estilo dominante en ellos, que no es, sin embargo, el de los ejemplares de mal gusto de la misma época, aunque peque siempre de empalagoso. Las cómodas embutidas y guarnecidas de bronce dorados, las mesas de taracea de maderas finas, las curvas voluptuosas, las placas de porcelana y amorcillos y guirnaldas, caracterizan aquel mobiliario.

Junto á él deben colocarse las porcelanas (jarrones, cuadros y jardineras) de la misma época, y con análogos dibujos de colores, sobre fondo blanco ó azul; proceden de la fábrica del Retiro, é imitan algunas la porcelana inglesa de Wedgwood.

mención especial, cuando de los productos franceses instalados en nuestra Exposición se trata de los pianos y arpas de la célebre casa Erard? El nombre de este fabricante es universal y cuantos han podido enterarse de las condiciones de esos instrumentos, en los cuales dan á conocer su talento y ejecución los más reputados profesores, han podido confirmar el crédito de esa fábrica. También la de Herz, Bord, Leveque y Thersen, Jocke, Ruch y Guillot han expuesto pianos de recomendable mérito.

Christophle de París ha exhibido productos del metal blanco á que da nombre su fabricante. La *plata Christophle* ha hecho y está haciendo ruda competencia á la plata de ley que imita perfectamente. La inmensa desproporción entre el coste de uno y otro metal ha hecho que la variedad en los dibujos de los artefactos haya sido mucho mayor en la plata imitada, con la cual se han obtenido artículos verdaderamente artísticos, aparte los más usuales de la vida. Notables son, con efecto, los expuestos por la casa Christophle; pero nuestra habitual franqueza nos obliga á confesar que distan mucho de ser los más notables de su fábrica y que no es ciertamente con ejemplares de esa valía que ha formado su reputación muy bien sentada.

Varias casas, entre ellas la de J. Daniel y Vertebout de París, han expuesto imágenes de santos. Por la abundancia de las muestras se comprende que esas fábricas deben haber dado forma á todo el calendario; pero sus productos tienen más de artículo de comercio que de obras de arte. En cambio y en el ramo de objetos para el culto católico, la casa Beer de París ha expuesto un precioso altar de onix y otras piedras estimables, con adornos y accesorios de bronce dorado, que llama con justo motivo la atención del público.

Entre los muchos objetos que llaman la atención en las dos primeras galerías francesas, hemos de citar especialmente los esmaltes sobre cobre, de Pablo Sozer; los

Los libros son curiosísimos y raros. Siete hay, y entre ellos un álbum grande en folio apaisado, con cuarenta dibujos ejecutados al claro-oscuro, un códice en francés del siglo XV, otro florentino del mismo siglo y varios breviarios de reyes, iluminados en vitela y con magníficas encuadernaciones.

De los marfiles, hay que citar el díptico del siglo XIV, en alto relieve con oro y colores y compuesto de ocho cuadros con diferentes escenas de la Pasión. Con los dos bustos greco-romanos en mármol y la colección de abanicos de S. M. la Reina, queda completado este breve apunte de lo más saliente que encierra la instalación real, aunque no basta para evocar de un modo pálido el aspecto de suntuosidad y pompa que ofrecen á la vista los destellos de tantas materias preciosas y los primores refinados de su labor.

J. YXART

8 de agosto

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(Artículo cuarto)

GALERÍAS III Á VI

Francia. — (Continuación)

No permite la índole de este periódico ni cabe en nuestras pretensiones detallar todos los productos notables que han sido instalados en la Exposición barcelonesa. El intento que nos guía y al cual hemos subordinado el plan general de estos artículos, es dar una idea general de cada nación expositora, de las causas que pueden haber influido en su prosperidad ó decadencia y del concepto industrial que por sus obras merezca imparcialmente. Hemos de renunciar, por lo tanto, á suplir con nuestro trabajo la falta de un catálogo que desgraciadamente no se ha impreso todavía; pero no cabe que prescindamos de citar aquellos objetos que constituyen, digámoslo así, las grandes industrias de cada pueblo.

Dentro de este criterio cómo no hacer mención, y mención especial, cuando de los productos franceses instalados en nuestra Exposición se trata de los pianos y arpas de la célebre casa Erard? El nombre de este fabricante es universal y cuantos han podido enterarse de las condiciones de esos instrumentos, en los cuales dan á conocer su talento y ejecución los más reputados profesores, han podido confirmar el crédito de esa fábrica. También la de Herz, Bord, Leveque y Thersen, Jocke, Ruch y Guillot han expuesto pianos de recomendable mérito.

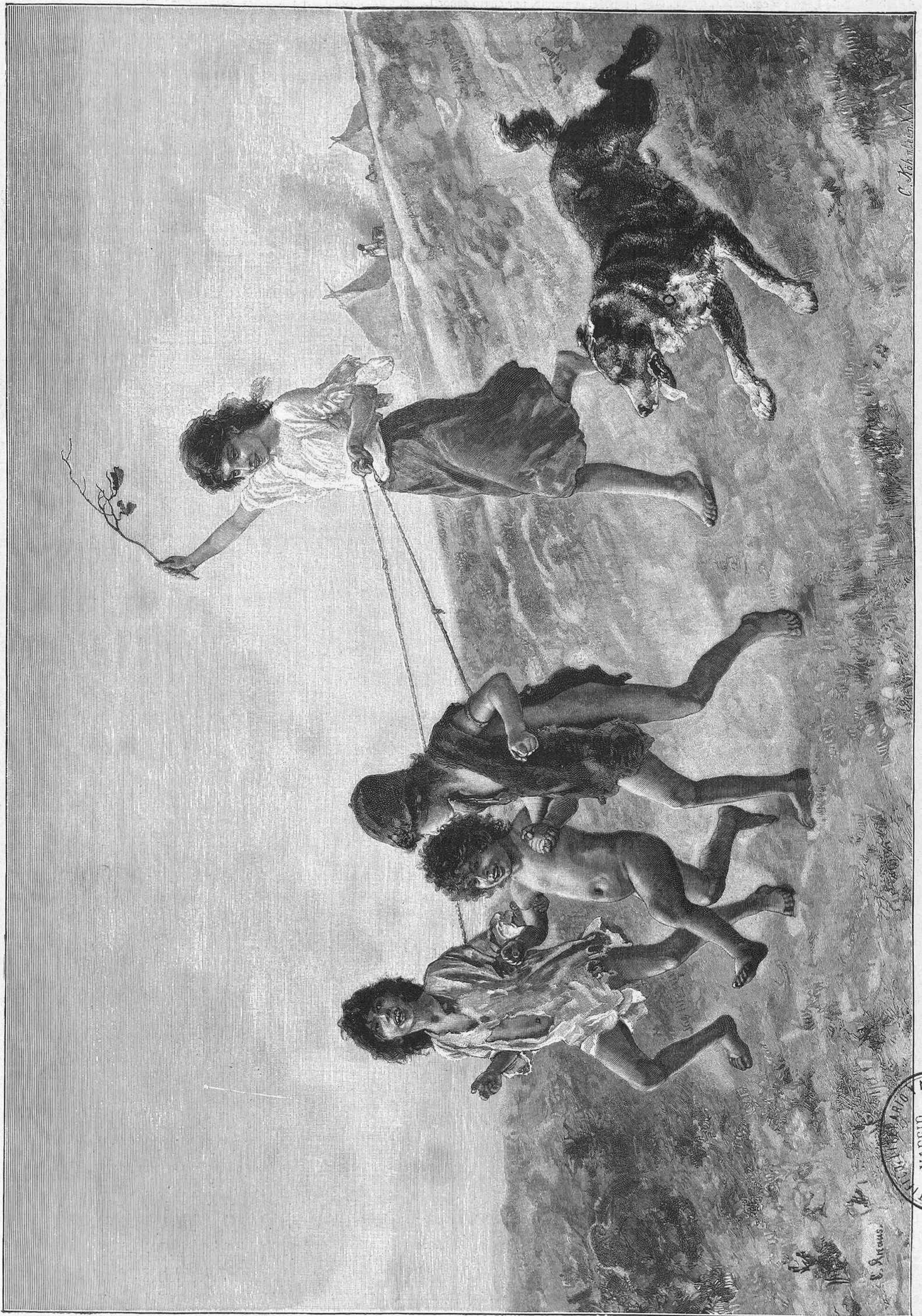
Christophle de París ha exhibido productos del metal blanco á que da nombre su fabricante. La *plata Christophle* ha hecho y está haciendo ruda competencia á la plata de ley que imita perfectamente. La inmensa desproporción entre el coste de uno y otro metal ha hecho que la variedad en los dibujos de los artefactos haya sido mucho mayor en la plata imitada, con la cual se han obtenido artículos verdaderamente artísticos, aparte los más usuales de la vida. Notables son, con efecto, los expuestos por la casa Christophle; pero nuestra habitual franqueza nos obliga á confesar que distan mucho de ser los más notables de su fábrica y que no es ciertamente con ejemplares de esa valía que ha formado su reputación muy bien sentada.

Varias casas, entre ellas la de J. Daniel y Vertebout de París, han expuesto imágenes de santos. Por la abundancia de las muestras se comprende que esas fábricas deben haber dado forma á todo el calendario; pero sus productos tienen más de artículo de comercio que de obras de arte. En cambio y en el ramo de objetos para el culto católico, la casa Beer de París ha expuesto un precioso altar de onix y otras piedras estimables, con adornos y accesorios de bronce dorado, que llama con justo motivo la atención del público.

Entre los muchos objetos que llaman la atención en las dos primeras galerías francesas, hemos de citar especialmente los esmaltes sobre cobre, de Pablo Sozer; los



HORAS DE ANGSTIA, cuadro de C. Raupp



LOS GITANILLOS, cuadro de L. Knaus



objetos de cristalería de Legras y compañía, cuyas flores y jarrones son de un gusto exquisito; las porcelanas de Guerin y compañía, de Limoges; los aparatos é instrumentos ópticos de Nachet, Duboscq, y Benoit y Besthiot; los chales de cachemira de Hussenot hermanos y Caen; las mantelerías con elegantes cenefas bordadas á máquina de Deneux hermanos y compañía, de París; las imitaciones de tapices antiguos por Luis Blond; los calzados de Fretin; las confecciones de Mad. Jolivart, de Tolosa; la peletería de Laperche y Viet y Burg, de París, y las de Rochier de Lyon; los famosos paños de las fábricas de Sedán; los órganos de Dumont y Lelievre de Les Andelys; instrumentos de cirugía de A. Suer y Carlos Dubois de París; las municiones de guerra y caza de la Sociedad francesa; y las joyas de Rouvenat y Després, aun cuando no den idea de la riqueza ostentada en ciertos aparadores de la capital de Francia.

Como objetos de capricho ante los cuales nunca faltan admiradores, merecen citarse las muñecas de H. Chevraut de París, de Raberg y Delphien, de París también, y los célebres *bebés* Jumeau que ejercen poderosa atracción sobre la gente menuda y hasta en algunos más talluditos por la elegancia, riqueza y propiedad de sus vestiduras. Hay algunos ejemplares vestidos de toreros que no parecen sino equipados en el barrio de Triana. Por su excentricidad ó por la excentricidad que revelan en sus parroquianos, es de contemplarse la instalación de Lochet y Debertrand de París, que exponen una caprichosa colección de collares y otras prendas de vestir para individuos de la raza perruna.

Ni la tipografía ni el comercio editorial se hallan representados en nuestra Exposición de una manera seria. Únicamente el conocido editor Dentu ha expuesto una parte de sus obras de fondo que son muchas y bien impresas, como es sabido de todo bibliófilo.

Viniendo ahora á industrias de primera importancia que honran sin competencia á la producción francesa, nos encontramos con las porcelanas de Sevres y los tapices de los Gobelinos.

La porcelana no fué conocida en Europa hasta después del descubrimiento de lo que entonces se llamaba indistintamente las Indias, bien se tratara de América, bien de la extrema Asia. Los chinos y los japoneses, desde los tiempos más remotos fabricaban sus vajillas con *porzolana* (vajilla de tierra), cuyos productos se acreditaron en Europa porque, entre otras de sus propiedades tienen la de resistir sin quebrarse una alta temperatura.

Francia, empero, se contentó durante mucho tiempo con importar de China la escasa porcelana que únicamente adquirían los grandes señores, hasta que en 1695 estableció en distintas localidades la fabricación de un producto imitativo, al cual se llamó porcelana *tierna* por cuanto se derretía fácilmente á los pocos grados de calor. Del año 1770 datan las primeras noticias que se tienen de la manufactura de porcelana en Sevres: D'Espilly habla de ella y dice que sus productos son superiores á los de China. Por aquel entonces el rey Luis XV había ya adquirido esta fábrica de sus antiguos propietarios y de aquí que desde esa época se haya considerado propiedad nacional. Es de advertir que en los comienzos de esa fabricación solo se producía porcelana tierna en razón á que la kaolina, base de su pasta ó tierra, por ser desconocida, era reemplazada por cierta composición á la cual nunca pudo darse la debida resistencia; hasta que en 1768 se encontró en San Irieix cierto barro arcilloso, que sometido al análisis del eminente químico Macquer fué calificado de kaolina verdadera. Desde entonces data la reputación de la porcelana de Sevres, hasta tal punto admirada, que cuando en 1815 los ejércitos aliados invadieron la Francia, los habitantes de ese pueblo encontraron su salvación en los subterráneos de la fábrica que los soldados de Blucher no se trevieron á invadir. Las preciosidades que encierra su Museo son de un valor artístico inmenso: citaremos entre otras una fuente ó bandeja de unos 50 centímetros, en la cual se halla reproducido el cuadro de la entrada de Enrique IV en París por Gerart, valorada en 300,000 francos.

De esa fábrica que no tiene igual en Europa proceden los artefactos expuestos en la sección oficial de la instalación francesa, artefactos que aunque distan mucho de ser sobresalientes entre los productos de Sevres, permiten no obstante formar concepto del grado de perfección que ha adquirido esta industria á cargo del Estado, que la monopoliza por puro lujo, pues únicamente se venden sus objetos más vulgares. Los verdaderamente notables ó se conservan en el establecimiento como demostración de su adelanto, ó se destinan á regalos que hace el jefe del Estado. Trabajan en la fábrica pocos operarios, y aunque se deja visitarla hay departamentos ó talleres donde por regla general no se permite la entrada.

En la propia instalación oficial francesa son de ver preciosos ejemplares de tapices fabricados en la no menos célebre Manufactura de los Gobelinos, también propiedad nacional. El nombre con que es conocida esta especialidad industrial viene de los hermanos Gobelinos, que á principios del siglo XVII se habían dado á conocer por sus tintes color escarlata que llevaban el nombre de sus inventores. Por aquel tiempo el tejido de tapices estaba en Francia bastante atrasado, de tal suerte que cuando Francisco I y Enrique II quisieron decorar espléndidamente las residencias reales, encargaron á Bruselas la fabricación de tapicerías representando los triunfos de Escipión según dibujos ó cartones de Julio Romano.

Los Gobelinos eran simples tintoreros: su acreditado establecimiento fué adquirido, cuando aquéllos se retiraron

del comercio, por cierto señor Lelen, consejero en el Parlamento de París, á quien lo arrendaron los hermanos Canoye, que fueron los primeros en establecer la industria de tejidos donde hasta entonces se había ejercido simplemente la de tintorería, en cuya nueva industria les sucedió Juan Liausen, conocido por Juan de Brujas. Algún tiempo después, cuando el célebre ministro Colbert hubo restaurado el Louvre y las Tullerías, se propuso amueblarlos de suerte que esta parte no desmereciera de la suntuosidad arquitectónica de aquellos palacios, y habiendo prosperado su proyecto en la corte, el rey Luis XIV, por decreto expedido en 1662 ó 1663, acordó la adquisición de la antigua fábrica de los Gobelinos, bajo cuya base se creó más tarde, en 1667, la *Manufactura real de los muebles de la Corona*. Tal es el origen de esa industria famosa que continúa sosteniendo el Estado y que durante dos siglos ha producido y continúa produciendo tapices verdaderamente prodigiosos. Únicamente visitando lo que bien puede calificarse de *Museo* de los Gobelinos, puede comprenderse hasta qué punto el arte de la tintorería y del tejido combinados es capaz de reproducir las obras más célebres de la pintura clásica, con una fidelidad en la copia y una permanencia en los colores capaces de hacer confundir, á pocos pasos de distancia, el tapiz con la pintura. Y esta perfección en la copia es tanto más de admirar en cuanto el obrero que confecciona un tapiz sólo tiene á la vista la parte posterior del mismo, y únicamente después de terminado aquél y sacado del telar puede apreciar la bondad de su trabajo.

Esta industria, como la de Sevres, se halla monopolizada por el Estado, y lo poco que produce se destina generalmente á embellecer los edificios nacionales. Cuando se construyó el nuevo teatro de la *Grande Ópera* se encargó á los Gobelinos la fabricación de cuatro tapices representando las estaciones del año, con destino á la decoración del *Restaurant*. Salieron cuatro obras maestras, tan maestras que, al poco tiempo de estar colocadas en su sitio, fueron muy oportunamente retiradas, evitando de esta suerte un deterioro seguro é inevitable en un lugar tan poco á propósito para instalar maravillas de color.

La adquisición de verdaderos tapices Gobelinos es sumamente difícil, no sólo porque esta *Manufactura nacional* no vende sus productos, sino por el alto precio á que éstos resultan. Basta calcular que el coste material de un metro en cuadro de tapiz no baja de cuatro mil francos. Las alfombras y tejidos que en el comercio toman algunas veces su nombre son simples imitaciones que, sin alcanzar la perfección de los auténticos, no carecen ciertamente de mérito. Los que se hallan de manifiesto en nuestra Exposición pertenecen á la primera época de la fábrica. Los que se producen en la actualidad son de un gusto completamente cambiado, insiguiendo, como es natural, el cambio que á su vez ha experimentado la escuela de pintura francesa. La obra que se considera más perfecta de cuantas ha producido la Manufactura de los Gobelinos es la copia del célebre cuadro de Horacio Vernet que representa al Pachá Mehemet Alí contemplando en el Cairo la matanza de los mamelucos: fué terminada en 1844, empleándose en ella seis años de trabajo.

Los productos de Sevres y Gobelinos son los únicos instalados oficialmente por el gobierno francés.

Enfrente de esta instalación oficial y como un anexo á la misma son de ver productos tunecinos que llaman escasamente la atención. Aparte algunas muestras de granos y licores, ejemplares pobres de un mobiliario bien poco confortable y algunas fruslerías de escaso valor y aun más escaso mérito, consta la exposición tunecina de prendas de vestir y telas que llevan impreso el gusto chillón de los pueblos africanos. Las industrias expuestas demuestran el atraso de ese pueblo, y la impresión que causan esas telas y esas prendas es que, antes de venir á Barcelona, han debido ser usadas durante algún tiempo. Indudablemente no es así; pero cabe asegurar en cambio que los fabricantes de Túnez no conocen el valor de la palabra *acabado* que hoy por hoy es el secreto de todas las industrias.

(Se continuará)

## EL CESARISMO EN SU NACIMIENTO

(ESTUDIO SOCIOLOGICO)

La vía que siguiera César el día de su muerte desde su Palacio Pontifical á la Curia es hoy tan conocida como cualquier calle del París contemporáneo. Los viajeros menos eruditos en cosas de Roma, suelen, conducidos por guías industriosos é industriados, recorrerla con frecuencia. Entró en el Foro por su arco de Fabio; pasó ante la fábrica del templo de Castor; dió una vuelta delante de la cumbre meridional del Capitolio, donde se alzaba la Ciudadela; encontró á su izquierda el templo de la Buena Fortuna, donde volcara su carro de marfil y oro en la noche de su espléndido triunfo; y salió por la Puerta Carmentale; media hora en litera, media hora cumplida. No penetró en el recinto sin ofrecer un sacrificio. Los agoreros cuentan que las víctimas no tenían corazón, como pasara otra vez antes de Munda. Impacientado el dictador, y no queriendo probar la paciencia de los senadores, entróse por un pórtico, donde había un cuadro de Polignoto, que representando un hombre colocado en amplia escalera, no indicaba si este hombre iba subiendo en aquel instante ó bajando. Del pórtico pasó á la Curia.

Popilio le detiene, aquel mismo que acababa de comunicar á Casio y Bruto palabras tan misteriosas. Creyéndose los dos jefes de la conjuración perdidos, y resueltos como estaban á matarse de súbito en el acto, si la conjuración se descubría, requirieron sus dagas, que hubieran sacado y esgrimido, de no seguir César andando sereno por la sala, donde le seguía los pasos la implacable muerte. Un relámpago de serenidad, que atravesó el rostro de Bruto, vino á confortarlos, como un buen augurio, y se resolvieron todos, cual si un solo impulso les moviera y empujara. Todos estaban de pie, todos los senadores, en el momento de llegar el tirano. Como quiera que los anuncios de su presencia hubiesen todo el día sido contradictorios, el senado acababa de retirar la sede aurea donde solía sentarse. Trebonio desempeñó la comisión de retener al más feroz, al más valeroso, al más terrible, al más vengativo, al más cruel entre todos los tenientes de César, al pretoriano Marco Antonio, y cumplió esta comisión á maravilla. Címbre debía dar la señal, consistente de común acuerdo en demandar la gracia y perdón de un hermano suyo proscrito por mandato de César. En efecto, el designado suplicó, y sus compañeros le acompañaron todos en la súplica, circundando la persona de César. Éste debió dar negativa rotunda, por lo menos ofrecer rutinaria excusa, cuando Címbre le asió de la toga y pudo así descubrir sus espaldas. Tenía la color pálida como enfermo de crónica epilepsia que había estado siempre. Mas no obstante su calvicie y lo grueso de su labio inferior, aquel rostro verdaderamente olímpico y bello revelaba por su majestad un dios, por su hermosura un dignísimo nieto de Venus. Sin embargo, el conquistador de la tierra no tenía el temperamento rudo y fortísimo de los soldados fuertes. Cuando no remontaba con su natural intensidad los nervios, carecía de todo aspecto varonil, y recordaba un Efebo afeminadísimo. En aquel minuto de su muerte, la toga de franjas multicolores, el manto de púrpura tiria, los borceguíes de oro y la corona de laurel, prestábanle como el semblante de un ídolo asiático. Cuando el esfuerzo de Címbre descubrió el cuello diciendo en lengua griega la palabra «no tardad,» los conjurados rugieron como las bestias feroces que ven carne fresca y huelen sangre caliente. La daga de Casca fue la primera en esgrimirse y en mancharse. Así tiró al cuello con ánimo de acabarlo en el momento, degollándolo como los carniceros degüellan los bueyes en las matanzas. Pero el instrumento de muerte se resbaló y fué á herir en el resbalo su pecho. Entonces los nervios de César volvieron á toda su pujanza. El soldado saltó como un tigre, rugió como un león, destelló de sus ojos aquellos relámpagos que cegaron á sus enemigos en el campo de batalla cien veces, recobró el dominio sobre sí mismo que le granjeara un triunfo en cada empeño, y dirigiéndose á los conjurados, tantos en número y tan superiores á él en fuerza, parecía pronto á destrozarlos como Júpiter á sus rebeldes titanes. A unos les aterró con su mirada, los petrificó á otros con sus amenazas, cogió con su mano el puñal de Casca y se hirió profundamente. Pero en el combate, sus vestiduras rasgadas por las manos de sesenta hombres dirigidos contra uno solo, descubrieron el costado, y por aquel costado descubierto, se metieron como vívoras furiosísimas las dagas. Todavía pudo herir á Casio, no esgrimiendo más arma de defensa que un estilete de senador puesto en sus manos al sentarse para inscribir las votaciones del Senado. No acierta el historiador con lo que hubiera sucedido, tanta era la pujanza de aquel hombre, si un sentimiento de su corazón, quizá un recuerdo amoroso de su juventud, no le detiene y paraliza. Bruto apareció entre todos los conjurados. Sería su hijo, según quieren muchos, no lo sería según otros, quizá lo más, pero lo distinguiera y amara tanto, que al verlo, vió lo más horrible para un hombre de su poder y de su fuerza, para un criador de tantas criaturas, vió la ingratitud, y se resignó ya sin combatir y sin forcejear á la muerte. Levantó el vestido á la cabeza, y enseñando el vientre para que lo remataran pronto, dió al dolor de los postreros golpes y de las postreras heridas, tres ó cuatro rápidos tropezones, y cayó exánime junto á la estatua de Pompeyo, que se hallaba tendida en tierra.

César pensaba en este momento de su muerte iniciar grandes obras. Un código de leyes romanas que imponer á todas las naciones; un templo en el campo de Marte que consagrara á todos los dioses; un amplio anfiteatro en la Roca Tarpeya donde reunir á todos los ciudadanos; una rada en el puerto de Ostia donde abrigar todas las naves del mundo; una Biblioteca ciclópea en las colinas sacras donde catalogar todas las obras del humano espíritu; un llamamiento á las razas del mundo para que sacudiesen sus ideas en el Foro, de cuyo seno debía surgir el espíritu nuevo; una rectificación de todas las antiguas injusticias cometidas por la Ciudad Eterna entre los errores del combate y las embriagueces del triunfo; una resurrección de aquellas víctimas que habían perecido sobre las aras de su patria como Cartago y Corinto; las reconciliaciones indispensables entre los continentes del Viejo Mundo; una peregrinación desde las orillas del Asia Menor á las orillas del Mar Caspio, y desde las orillas del Mar Caspio á la vieja Bactriana, para volverse luego, y entrando por los límites orientales del mundo bárbaro, abrazar dentro del Imperio los eslavos, los escitas, los mongoles y los germanos, componiendo así el cuerpo y el espíritu de la nueva humanidad, preparando así los indispensables advenimientos del nuevo derecho. Imaginaos todas estas ideas difundidas tras la muerte del emperador, como ideas frustradas por su prematura inmola-ción, y podéis imaginaros cómo cederían todas á una en

loor del muerto y en detrimento de sus ciegos asesinos. En efecto, la culpa de Bruto, la culpa de Casio, la culpa de Casca no consistía en apelar á medios usuales entonces, como el tiranicidio, loado y encarecido hasta en el aula de los sacerdotes y en la escuela de los filósofos, el error estuvo en creer que mataban la tiranía matando al tirano, cuando éste no era una causa, no, era un efecto del tristísimo estado á que llegara por desgracia la sociedad romana. Ideas, costumbres, creencias, supersticiones, hábitos, dogmas, divinidades, todo cuanto constituye la vida se había viciado al extremo de pedir y de necesitar al déspota y al despotismo. Hombre de abstracciones Bruto en el grado que lo consentía su interior naturaleza, no tan alta ni tan escogida como la naturaleza de Catón, creyó que destruyendo al tirano acababa con la tiranía. Este pensamiento, sorprendido por su esposa Porcia hasta en el sueño, pudo ser contrastado y aun extinguido fácilmente de ser Porcia otra y no estar completamente abstraída también ella en el ideal que surgía del yerto cadáver de su padre y que se levantaba en los aires como norma para defender y salvar la república. Puesto que había Catón llevado su virtud hasta morir, para no ver muerta la patria libertad, necesitaba un hombre como Bruto llevar aun más lejos todos estos altos pensamientos, todas estas catonianas virtudes, todos estos estoicos intentos, llevarlos hasta un sacrificio mayor todavía, llevarlos hasta matar al tirano, para con su muerte renacer la libertad. No comprendía Porcia, vestal encerrada en su hogar, desconocedora de todo cuanto la circueña, el mundo formado nuevamente por los problemas sociales sin solución, las guerras civiles sin tregua, las dictaduras sin límites, los tribunos sin freno, los demagogos sin conciencia, la extensión del mundo romano sin medida, los acaparamientos sin número, el pretorianismo exaltado como consecuencia lógica de la guerra constante, la nueva fase de aquella sociedad, tantos y tan múltiples elementos de cuyas entrañas surgía, no César, no un hombre, no, el cesarismo, un sistema destinado á unir los hombres y á uniformar la tierra en la servidumbre, pero corrompiéndola, gangrenándola por la falta y carencia del vital aire á que llamamos libertad.

Mas no hay cosa que necesite ser tan resueltamente querida y tan apoyada en todos como aquello que todos han menester, la libertad, y Roma no la quería. Así ¡qué desengaño para los republicanos heroicos al volver por el camino que César siguiera trasladándose desde su Pala-

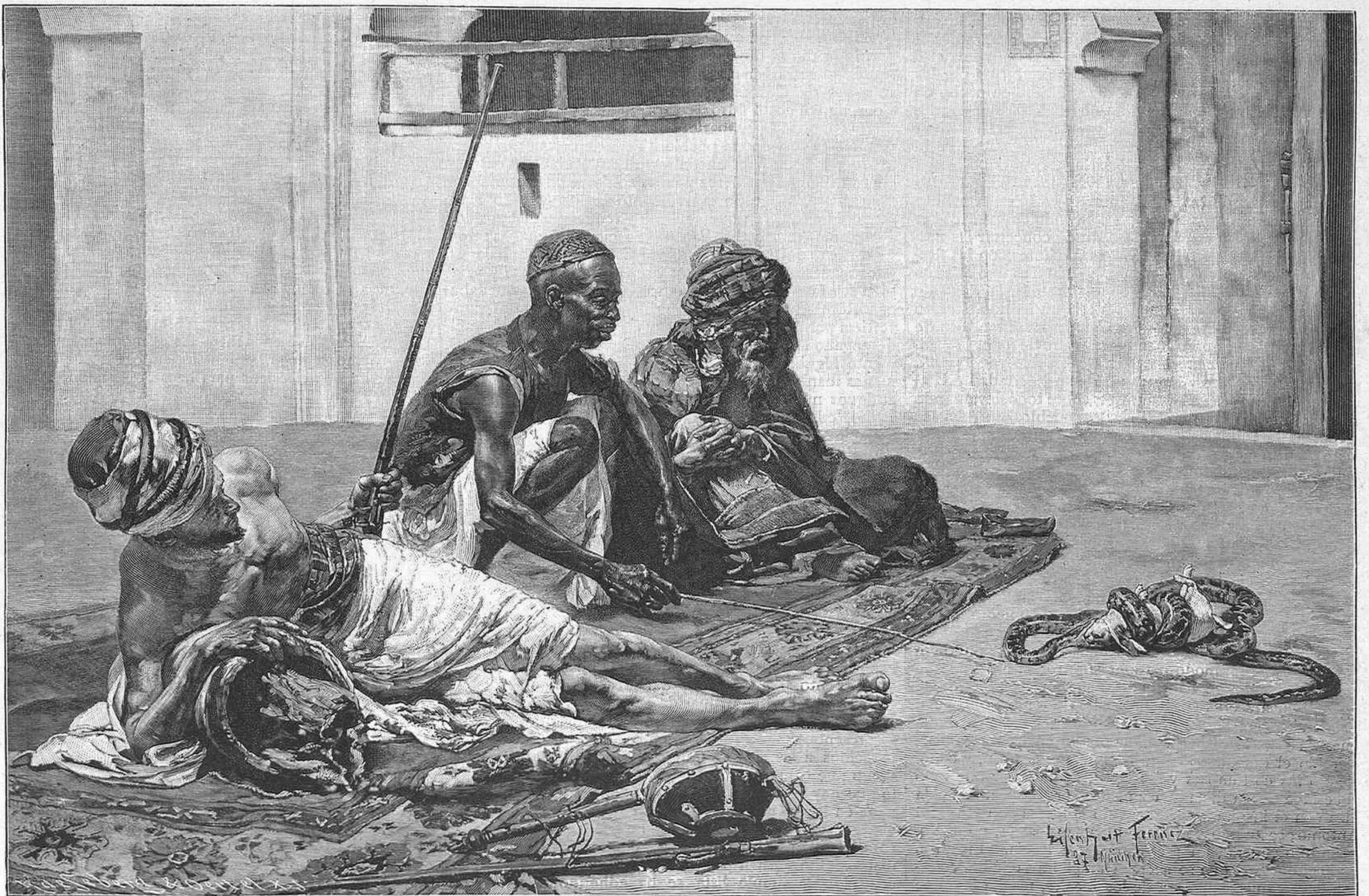


EL REGRESO DEL SOLDADO, relieve de un monumento triunfal de Brunswick

cio al Senado, y encontrarse con que nadie oía ni secundaba el grito de libertad. Aquel pueblo, deshabitado ya de sus derechos, no sabía lo que significaba república. El envilecimiento propio de la servidumbre llegó á todas partes y lo vició todo. Aquel César, tan aclamado y bendecido, no tuvo en la grande Asamblea romana, que lo había divinizado, sino dos senadores bastante fuertes de ánimo y de conciencia para correr en su auxilio. Los que no fueron asesinos y conjurados huyéronse de prisa y de

golpe, aturdidos por si había necesidad imprescindible de algún esfuerzo, de algún pensamiento en sus paráliticas voluntades y en sus oscuras conciencias. Marco Antonio mismo echó á correr á su casa, y en el desván se disfrazó de siervo para escapar á la república y á la libertad. Pero así como no tuvo defensores el tirano, tampoco los tuvieron sus enemigos. Al clamor que les apellidaba libres, respondieron con la más brutal indiferencia. Después de haber atravesado y recorrido todas aquellas calles consagradas por tan sacrosantos recuerdos políticos, después de haber evocado la sombra de las Curias, donde resplandecía la majestad de Roma, el nombre de los comicios en que su antigua soberanía ejercieran los pueblos, la tribuna de los Rostros, exaltada por la más alta elocuencia, el Foro, sembrado de ideas; ningún ciudadano alcanzaba la trascendencia de semejante retórica; y aquellos hombres, que levantaban sus togas como pudieran esclavos recién manumitidos sus cadenas, y que blandían al aire sus puñales á cuyo filo acababa de morir la tiranía, semejaban actores artificiosos, representando en lengua extraña una extravagante y original tragedia que ningún espectador comprendía. Y conforme iban llegando á los sitios más consagrados por los viejos recuerdos litúrgicos de la república y de la libertad, más la indiferencia de los ciudadanos iba trocándose de horror helado en abierta hostilidad. A la vista de tal afecto público, subiéronse al Capitolio con pretexto de presentarse delante de Júpiter en homenaje, pero realmente por huirse de la plebe y en aquel seguro refugiarse. Mientras tanto los escasos devotos, capaces de guardar algún culto á la desgracia en aquel pueblo corrompido, cogieron el cadáver de César, y lo echaron en la litera, que á la puerta del Senado se hallaba todavía, para conducirlo á su Palacio. Mal colocado y peor conducido, al andar de los conductores, movíanse los brazos, los pies, la cabeza, con esos movimientos siniestros del cadáver falto de su natural motor, la vida y el empuje de su cerebro. A mayor abundamiento, cuando lo depositaron en el vestíbulo de su palacio, salió Calpurnia llorosa, dando gritos inspirados por su natural dolor. Y aquel pueblo que no se había engraido con el renacimiento de su libertad, se irritó á la muerte de su amo.

Grandísimo el desencanto de los conspiradores. Mayor aun el sufrido por la pobre Porcia. Yo me la figuro ahora misma presa de bien rápidas, pero bien contradictorias emociones. Tras aquellas ansias durante las horas cerca



JUGLARES MARROQUÍES DANDO DE COMER A UNA SERPIENTE, cuadro de Eisenhut Ferenez



LA BRUJA DE LA ALDEA, cuadro de Luis Knaus

nas á la perpetración del atentado ¡ah! debió experimentar intenso regocijo, al notificarle sus emisarios el fin real de César y el triunfo aparente de Bruto. Aquellas horribles congojas trocáronse á una en fuerte regocijo. Fuera de sí debió comunicar la feliz nueva con la suegra Servilia, perpleja entre los recuerdos de su amante y la victoria de su hijo. En la natural neurosis producida por los afectos intensísimos, que aquel día sugiriera en pecho de mujer como Porcia, sus nervios debilitados remontáronse á una intensidad infinita y le dieron fébril actividad. A mediados de marzo un jardín romano rebrota, y reverdece, y se repuebla de nidos, de golondrinas, de mariposas. La eterna noche, caída sobre aquel tirano, resplandecía como permanente luz diurna en el ánimo y en el pensamiento de la estoica. Faltaríale tiempo á la cuitada para correr hacia su tocador y engalanarse á fin de concertar las fiestas domésticas de los libertadores triunfantes con las fiestas públicas del pueblo libertado. Vería su esposo aclamado, con la estrella del ideal en la frente y la daga de republicano austero en el puño. Vería un templo tan alto y tan majestuoso para su padre Catón, padre también de todos los libres, como el tiempo es padre de todos los dioses y de todos los hombres. Vería el pueblo yendo allí á proclamarla por verdadera musa de su libertad. Vería el mundo entero, las ciudades griegas sobre todo, levantando aras á los nuevos Harmodios de los pueblos libres, á los genios de la tribuna y de la república. Ella estaba en lo justo y en lo cierto, dado su carácter y su ministerio de mujer, imaginando que todos los romanos veneraban á Catón como lo veneraba su hija, y que todos los romanos comprendían el acto de Bruto como lo comprendía su esposa. Deber impuesto á su marido por dos herencias, la herencia del gran republicano que había proscrito á los reyes y la herencia del gran republicano que había opuesto á los Césares el suicidio, no podía dejar de cumplirse con fatal rigor. Mas ¡ay! todo esto era ya una religión de familia, un ideal que se desvanecía, un sentimiento que se acababa, un fuego del cual podía llamarse Porcia la Vesta; pero no estaba con Porcia Roma. La mujer pudo engañarse, y por tal modo perdona su error la historia, que veinte siglos no se han todavía cansado ciertamente de loarla y encarecerla. Pero su marido no tenía razón igual para equivocarse, no. Él había vivido en medio de Roma, puesta su sede altísima de gobernador en las dos Galias, ejercido el dificultoso cargo de Juez en el Foro, y conociendo las costumbres y las ideas, debía saber que todo allí estaba por la dictadura y contra la república. Se fué la idea con el inspirado César y vino la fuerza con el brutal Antonio; se fué un pensamiento, una filosofía, un genio, y vino un general, un pretoriano, una bestia. El instinto de los hombres, que se acercan mucho á la inferior animalidad, y que se apartan de los ideales, resulta infalible casi, como el instinto de las fieras, el cual con dificultad suele equivocarse cuando se trata de su conservación ó

de su reproducción. Al saber Antonio la indiferencia del pueblo respecto de sus libertadores, quitóse con presteza el disfraz que se había puesto para huir y corrió á casa de Calpurnia, la viuda, en requerimiento del cadáver que pensaba poner como pedestal de su propia grandeza. Calpurnia le dió el dinero y el testamento de César, con los tesoros allegados en sus arcas, los documentos reunidos en su secretaría. Con éstos, interpretados á derechas ó á torcidas, auténticos ó falsos, creyóse un César, é inauguró el despotismo de la barbarie; con aquéllos, con el oro, corrompió y gangrenó al pueblo. ¡Terrible desengaño haber huído de César para encontrarse con Antonio! Y al encontrarse con aquel feroz y cruel soldado, borracho siempre, incapaz de todo pensamiento bueno y todo acto moral, aun tuvieron que adularle y requerirle de amistad, para ver si les salvaba. Y él, como ciertas alimañas feroz y astuto, se dejaba querer y devolvía taimadísimos halagos á los requerimientos patricios y senatoriales, hasta indagar bien sus fuerzas y saber á ciencia cierta quién se quedaba con Roma. El despotismo iba descendiendo hasta convertirse por completo en monarquía militar. Imaginaos el desengaño de Porcia en aquella misma noche, verdaderamente lúgubre, aguardando la victoria de Catón, cuyos manes iban á satisfacerse con el restablecimiento de los antiguos númenes republicanos; la victoria de Bruto, cuyas virtudes iban á emplearse todas en el gobierno de Roma, y encontrarse con la victoria del capitán vicioso y ebrio que se llamó Antonio.

EMILIO CASTELAR

## RECREACIONES CIENTÍFICAS

## LA ROSA MÁGICA

En las clases de química, el profesor que explica los colores de la anilina, suele hacer el experimento siguiente para dar idea de la potencia colorante de algunas de estas sustancias: Echa en una hoja de papel, rojo de anilina, que se presenta, como es sabido, en cristales iríseos parecidos á las alas de un gorgojo, y vuelve al pomo que contenía la sustancia colorante todo lo que hay en el papel. Se creería que no queda nada en la superficie de éste; sin embargo, si se vierte en él un poco de alcohol, en que los colores de anilina son muy solubles, el papel se torna inmediatamente rojo. Un polvillo de materia colorante imperceptible á la simple vista, se ha adherido á la hoja de papel y ha bastado para colorear toda su superficie disolviéndose en el líquido.

Ahora bien, puede variarse el experimento de la manera siguiente: en vez de echar el color de anilina en un papel, se espolvorea sobre rosas blancas, por ejemplo, sacudiéndolo luego para hacer imperceptible el polvo. Después se rocía con alcohol ó agua de Colonia y se produce el fenómeno con gran admiración de los que no hayan presenciado el procedimiento preparatorio.

## ANTIGUEDAD DE LA ANESTESIA EN CHINA

Suele decirse que todos nuestros descubrimientos, aun los más maravillosos, han visto la luz en China antes de aparecer en Europa. La anestesia, entre otros, era conocido en el Celeste Imperio mucho antes de los experimentos de los médicos americanos y hay repetidas pruebas de este hecho; he aquí una. Según el *Dental Luminary*, examinando los libros chinos, en la librería nacional de Pekín, se encuentra el testimonio formal de que los cirujanos chinos vienen sirviéndose desde muy larga fecha de los anestésicos para hacer operaciones. Débese



Rosas blancas transformadas en rosas encarnadas por medio de la anilina

la iniciativa de su uso á un famoso médico que floreció en el siglo tercero de nuestra era. Para ello empleaba una preparación de cáñamo, que al cabo de algunos momentos volvía al paciente tan insensible como en estado cadavérico ó de profunda embriaguez.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN